

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Greco — José María Delgado

Agosto 1919.

Num. XIV - AÑO II

ARIEL

Facultad creadora que, dominando las voces sordas del instinto, se entrega a las promesas que « confían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor ».

Sugestión de la esperanza que, en « sublime terquedad », mantiene a la tensión viril en la perenne alegría de un entusiasmo confiado y resuelto, por el secreto de una eterna e inmarcesible juventud espiritual, y que, al derramar « misteriosos estímulos », en el amplio miraje de sus visiones, provoca en el alma « el altanero desdén del desengaño ». Pero no basta poseer el instrumento de la perfección y bañar nuestra alma en las dulcísimas claridades de la esperanza, adormeciéndonos al ritmo de un ideal vago y quimérico; es necesario también adquirir la conciencia de los propios destinos y de las facultades que en nosotros pueden realizarlo en su forma más noble y superior.

« Sed conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos », afirma con el tono definitivo de una sentencia; y dirigiéndose a la juventud les recuerda, que el estado en que viven, « es una fuerza de cuya aplicación son los obreros y un tesoro de cuya inversión son responsables ».

Tener la noción de esa responsabilidad y la certidumbre de que no hay iniciativas estériles cuando se agitan al impulso de un propósito ideal; saber que podemos conseguir la libertad absoluta de nuestra vida interior, con el sólo deseo de hacerla posible en nuestra inteligencia, por la acción reflexiva del pensamiento, supremo liberador de nuestras torpezas y elemento dinámico de nuestras excelencias; ahogar los desencantos del pesimismo en la corriente renovadora de la vida que arrastra en su limo fecundo, bálsamo para los dolores, aliento para las decepciones, energías para las debilidades y afirmaciones para la duda; es conseguir el término perfecto de una educación integral, en la que la voluntad capacitada para todas las empresas, por el aliento que le infunde su propia confianza, en armónico acuerdo con las fuerzas del espíritu despertadas a los optimismos de la fe por la sugestión mesiánica del ideal que vendrá, es conservar intactas, e incontaminadas del cieno vulgar, en el tragin de las luchas diarias, las perfumadas flores de nuestras ilusiones.

Y es también, alcanzar la coraza invulnerable que nos dejará inmunes en los más terribles encuentros.

Nuestra misión, no consiste en sustraernos a la acción combativa para no marchitar en ella los encantos de nuestras visiones en el renunciamiento estéril de los cenobitas, o en el placer egoísta de los místicos, refugiados en los jardines contemplativos del éxtasis; nuestra misión, posee una alta finalidad social, que nos impone el deber ineludible de transfundirnos en el alma colectiva con la fuerza de afinidad que poseen los átomos en la cohesión de los metales, diligentes y solícitos en todas sus manifestaciones, tratando de ser espectadores atentos allí donde no podemos ser actores, para lo cual, es menester desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino, la plenitud de nuestro ser.

Dejemos llegar hasta nosotros todos los clamores y todas las inquietudes, no rechacemos ninguna aspiración

por contraria que sea a nuestras tendencias, no cerremos los oídos a ninguna prédica y el corazón a ningún afecto, que nuestro entendimiento no conozca más límite « que la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos », que nuestra razón no esquive la presencia del enigma; pues, « todo problema propuesto al pensamiento humano por la duda; toda sincera reconvencción que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y del dolor, tienen derecho a que los dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos ».

Seamos múltiples y generosos, con la suprema tolerancia que proporciona el saber que, de la verdad, sólo poseemos sus apariencias cambiantes, y de la vida, una faz efímera de su evolución, que será en el curso progresivo del tiempo insignificante partícula de su vasto y eterno proceso.

Confiemos siempre al porvenir el vuelo de nuestras energías creadoras, pues, « lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres ».

Pero ante todo, y por encima de todo, elevemos nuestro espíritu a la contemplación del ideal, floreciéndolo en rosas de la más pura esencia, y nuestras frentes pensativas a la luz de las estrellas, circundándolas de claridades en la caricia de sus besos; que en nuestra alma, canten los ruiseñores del ensueño sus suaves canciones de belleza y en nuestro reino interior, la fuente de la inspiración muestre su dulce melodía de cristal; para que el deseo, cautivo en las garras del cálculo materialista, al libertarse por esos conjuros, como Ariel por la magia de Próspero, sea un pájaro quimérico que planea en el azul en busca de nuevos horizontes y de ignoradas constelaciones.

Tal es la premisa fundamental de su norma educativa; desenvolver con el concurso armónico de todas las facultades, un hondo, un persistente anhelo de selección espiritual, única fuerza capaz de concluir con la oprobiosa tiranía de los egoísmos utilitarios.

Subordinar los intereses del cuerpo, al móvil superior que guía « los intereses del alma »; esa deber ser la finalidad del perfeccionamiento humano y la norma educativa de toda moral social.

« De los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar ». El culto de lo bello es potencia virtual de las perfectibilidades, y su emoción, genera el concepto más noble del deber; por el arte se consigue, « un acordado estímulo de todas las facultades del alma » que provoca, por la sugestión de su gracia, al poner « la sensación estética de una armonía », en las fórmulas adustas de la imposición moral, un espontáneo y alegre movimiento en la conducta humana. El sentido de la belleza se transforma también en sentido de justicia y en noción de verdad; « yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno ». Y la eficacia de toda prédica, depende mucho más que del poder de su lógica, de ese « entendimiento de hermosura », pues, al decir de Renan, « la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta ».

Hacer de la voluntad un agente realizador de perfecciones en los anhelos de belleza ideal; de la razón, luz que ilumine y timón que dirija los impulsos del instinto en nuestras facultades de pensar y de obrar; del entendimiento, amplio y hospitalario refugio de la curiosidad que observa y de la duda que ahonda; del optimismo, esperanza

risueña que descubra en las líneas proféticas de las renovaciones, magníficos mirajes de ensueño y de amor; del sentimiento, bálsamo piadoso para los desencantos; de la inteligencia, molde flexible del deseo en su substancia creadora; y de la ilusión, serena onda de armonía que al vibrar en nuestra alma sabrá comunicarle la juventud inmarcesible de la gracia espiritual; tal es, señores, la síntesis psicológica de « Ariel ».

Sus términos esenciales, pueden condensarse en una breve fórmula, en la que la voluntad es el medio, la razón la potencia, el ideal el término y la belleza la inspiración; fórmula que debe gobernar, en la conciencia de los hombres y en el alma compleja de las multitudes.

III

En la obra que analizamos, hay que separar dos tendencias, que si bien conservan el debido acuerdo en la concepción unitaria del pensamiento que las motiva, se distinguen por sus diversas orientaciones y particulares finalidades; la tendencia psicológica y la tendencia sociológica.

La primera la hemos definido en el bosquejo que acabamos de presentar, en el que, si bien la hermosura de la forma que caracteriza al original fué perturbada por nuestra pronunciación, el leal sentido de sus conceptos fué respetado por nuestra sinceridad.

Antes de analizar la tendencia que podremos llamar sociológica, para su mejor comprensión, que informa la prédica social de « Ariel », séame permitido una pequeña digresión; a fin de puntualizar algunas críticas que se le han dirigido con el malevolente propósito de reducir el alcance de su influencia.

Desde luego, debo confesar, que en mi ánimo sereno no tienen cabida las mezquinas preocupaciones de esos rastreadores, que con raquítico empeño buscan en la obra de Rodé reminiscencias, sugestiones y hasta influencias dísticas y nos-

pechosas de otros pensadores, para negarle originalidad a sus ideas y méritos a su prédica.

Se ha dicho con acierto, que la verdad de una tesis o de un concepto, pertenecen de igual modo, al que la ha enunciado por vez primera, como al que consiga formularla en expresiones definitivas o más artísticas.

Pues bien; no siendo un afirmativo a la manera de los dogmáticos, no dictó sentencias rotundas, porque sus fórmulas expansivas rebasan las murallas cerradas de la fe, que no analiza ni razona; su espíritu radiante y curioso, busca en todos los dominios ideales, motivos para su inspiración lírica sin penetrar en la naturaleza íntima de las cosas, preocupado únicamente en producir una emoción estética, única certidumbre de su espíritu, en vez de clasificar en jerarquías siempre transitorias, las conclusiones eternamente cambiantes del pensamiento filosófico.

Prefirió callar en verdad, a afirmar en mentira.

Es un artista en el pensamiento y en la sensibilidad, dominado tenazmente por el «entendimiento de hermosura», que vibra en la realidad circundante con la misma fuerza que en los planos incorpóreos e infinitos del raciocinio y de la idea, que para sus especulaciones, buscó refugio en el «luminoso y cálido ambiente de las formas», huyendo del «helado seno de la abstracción».

Esto, naturalmente, no excluye de su prédica un propósito educativo y una finalidad moral, que constituye el móvil de su inspiración y el deseo siempre revelado en sus enseñanzas. Si la vocación irresistible de su temperamento, lo impulsa con seducción hacia el placer de las inteligencias refinadas, que desdennan los perfumes acres, los contornos groseros, las disonancias y la opacidad, aun cuando contengan en su esencia a partículas de la verdad immanente y vestigios de las más puras y de las más nobles idealidades, su potencia creadora no se resignó a florecer esterilmente en bellas imágenes y en brillantes vocablos, sonoros y vacuos,

como el silbido del viento entre el ramaje y el alegre tintineo de los cascabeles de plata.

Es un doctrinario de belleza, que sin admitir en absoluto, como postulado filosófico indiscutible, la identificación de lo bueno y de lo justo con lo bello y armonioso, sintió el poder comunicativo de la hermosura en las sugerencias del bien y tuvo como pocos, en fina y sagaz penetración, el don sublime de «enseñar con gracia».

Enseñó, lo que otros antes que él predicaron; los que a su vez, en sus prédicas, no hicieron más que recoger el eco prolongando a través de los tiempos, de aquellas voces augustas, que en los albores de la cultura humana tuvieron el divino privilegio de la revelación en los horizontes sensibles del entendimiento.

«Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra moral, nuestra política, nuestra estrategia, nuestra diplomacia, nuestro derecho marítimo e internacional son de origen griego. El cuadro de la cultura humana creado por Grecia puede ampliarse indefinidamente, pero está completo en todas sus partes. El progreso consistirá eternamente en desarrollar lo que concibió Grecia, en cumplir los designios que Grecia bosquejó acertadamente». Por dolorosa y amarga que sea a nuestra pretensión contemporánea, que al igual de sus antecesoras en la historia, vive en la efímera ilusión de sentirse originalmente creadora en los dominios de la idea y de la emoción, la sentencia transcrita, que Renan estampa en el prefacio de su Historia del Pueblo de Israel, contiene una profunda verdad que se descubre en el más ligero análisis.

Nada diremos fundamentalmente nuevo que no esté dicho ya, nuestra misión consiste en tallar nuevas facetas en el diamante del pensamiento para aumentar el poder luminoso de sus rayos.

En el transcurso de las edades, el mismo angustioso problema sin solución, que torturó a los hombres en las primeras sendas del progreso, continúa provocando con su sonrisa

enigmática la inquietud de los espíritus, indefensos en la inutilidad de sus esfuerzos.

El aceite que arrojamos en las luminarias de la idea, encendidas ha mucho tiempo, al avivar sus llamas, dilatará su potencia lumínica en la masa oscura de las sombras, pero siempre estaremos aprisionados en su cóno de luz.

En rigor de verdad, en el proceso evolutivo, no se han alterado substancialmente nuestras necesidades espirituales, ni han cambiado los arbitrios de que disponemos para satisfacerlas.

Es siempre la misma incógnita, es siempre el mismo misterio, que en obstinada e irreductible insistencia se abraza de nuestras almas, sin mostrarse jamás en su recóndita desnudez. A lo sumo, a fuerza de torturarnos, hemos aumentado nuestra capacidad sensible para comprenderlo; al distinguir las fibras de nuestro entendimiento en la infinitud vibrante de lo desconocido.

La misma fe en los creyentes, la misma presuntuosa vanidad en los políticos, las mismas antinomias en el vacío incommensurable de la metafísica, las mismas contradicciones en los conceptos relativistas de la moral, la misma indiferencia e idéntica vacilación en el desencanto o en el cansancio de los excépticos. En medio de ese incesante rectificar y de ese permanente ratificar somos juguetes de nuestras propias ilusiones, que nos arrastran en loco torbellino dentro de una inmensa tromba de su vórtice a sus bordes, sin detenernos jamás en ese continuo movimiento de avance y retroceso, y sin vislumbrar los medios de nuestra liberación. Sólo la ciencia, conquistando las propiedades manifiestas de la materia inerte o las cualidades vitales de los organismos, puede ostentar con orgullo, algunas fórmulas definitivas en la faz de sus conocimientos, que marcan una progresión ascendente, lisonjera para la esperanza y estimulante para el esfuerzo.

Y únicamente el arte, expresión humana de la belleza, inefable armonía de las cosas, excelsas a quién la vida le regaló el secreto de su juventud inextinguible, permite ma-

nifestar la nota original, personalísima, en la combinación de sus elementos, pues, él depende, más, que del raciocinio que analiza en los cálculos fríos de la idea, del sentimiento creador que gasta sus utopías y sus ensueños en la lumbre encendida de la emoción.

Si por el momento no podemos exigir verdades novedosas y formulas definitivas sobre lo ya enunciado, y en cambio, podemos reclamar con el criterio exigente de una severa crítica, modalidades artísticas sobre las viejas y repetidas verdades, al estimar el aspecto personal en las creaciones del pensamiento; nadie tiene el derecho de negarle a la obra de Rodó, esa cualidad que le corresponde como su excelencia más destacada y su distinción más propia.

Si por algo ha entrado en la inmortalidad, es precisamente por la hermosura incomparable de su estilo, que sabrá mantenerlo con brazo potente en la actitud gallarda de un triunfador, salvado del olvido y de la indiferencia, en el transcurso de las incesantes y fatales renovaciones.

Son sus ideas, reflejo o influencias de otros pensadores, y en primer grado, y en modo eficaz, en la obra que analizamos, de Ernesto Renan. Posee de éste su misma resistencia a todo dogmatismo, y su amable descreimiento por los preceptos absolutos, que solo se justifican en los límites herméticos de las religiones. Permanece equidistante de la afirmación y de la negación, sin caer, con el gesto huraño del excéptico, en el yermo infecundo de la duda.

Fué leal, con toda lealtad, porque no se atrevió a decir lo que no era una plena certidumbre en su conciencia.

Pero revistió esas ideas ajenas con galas tan suntuosas, y en su prédica se envolvieron en ondas de armonía tan dulce y suave, donde los vocablos pierden su rudeza habitual, y en sus combinaciones adquieren el tono melodioso de una música en la gracia sonora de sus cláusulas, que, si no tuvo el mérito de haberlas creado, tuvo el mérito sublime de haberlas embellecido.

(Continuando)

CARLOS M. PRANDO